

Presentación al catálogo Exposición en Galería Syra, Barcelona 1966

Diríamos, para una buena y exacta definición, que este Ramón Lapayese, conocido en varios museos extranjeros y españoles, es un renacentista; es un artista total, y, por eso su obra, cada obra, lleva esa impronta que tienen los que «saben todo». Y saber todo en el arte: los conocimientos del medio de expresión, ese «*deprender*», que decía Palomino, es cuestión fundamental y acaso — y sin acaso — hayan sido — y son — el arte abstracto y el informalismo los que hayan puesto las riendas perdidas en la mano, en peligro de haberse adocenado, del pintor o del escultor contemporáneo.

Ramón Lapayese ha cumplido bien sus etapas; las ha cumplido en orden perfecto, en evolución lógica, en proceso creacional que en cada jalón indicaba la conquista hecha, la aportación conseguida, y, ahora en este bello, bellísimo conjunto de esculturas y óleos, se halla en logro perfecto la obra de este Ramón Lapayese, conquistador de reconocimientos y premios en los certámenes internacionales más importantes, y que conserva, para su buena fortuna, una mirada clara y un entusiasmo y fe de aquellos elegidos que saben a ciencia cierta que su vocación, su única vocación, es perseguir la Belleza; ir tras el color, la forma o el volumen para encontrar en ello ese hallazgo casi divino, cuyo secreto solo tiene el artista.



Recordamos una exposición de Ramón Lapayese en París dentro de una pura ortodoxia abstracta; recordamos su éxito, y sabíamos ante sus formas, ante la composición, que Ramón Lapayese desembocaría en este

magnífico espectáculo de su pintura actual, a la que no dudamos en calificar de uno de los órdenes neofigurativos más importantes del momento actual, ya con segura cita histórica, en esa historia que se hace cada vez que la pintura se enriquece con algo inédito, con la llegada del creador.

Estas figuras y formas de Lapayese llevan dentro de sí un misterio, un grato misterio. Ramón Lapayese no acude al índice expresionista; no deforma con intención, anticipadamente «trágica», a sus modelos, no distorsiona actitudes sino que éstas surgen de una manera tan natural y espontánea, tan auténticamente «tal como son», o «como debían ser», tan acertadamente sorprendidas en su intimidad, interior y exterior, con toques de color tan precisos, tan depurados, tan sabiamente dispuestos, que dejan a la obra de Ramón Lapayese en trance de aparición, en umbral de milagro.



Ramón Lapayese escultor, en la mayoría de sus últimas obras utiliza el hierro, ese gran hallazgo del gran catalán que es Julio González, y que es hoy en nuestra escultura contemporánea el medio de expresión más racial de todos nuestros artistas mejores, en el renacer de nuestra escultura — mejor sería decir nacer, puesto que la imaginería es cosa muy diferente— que coloca lo español al parigual de nuestra pintura..., que es decir, en primer lugar en el concierto del arte mundial. El nombre del escultor Ramón Lapayese se une a los de

Chillida, Chirino...

Ramón Lapayese utiliza elementos conocidos, referencias que él eleva a mayores significaciones, que él traduce en el metal, o en la madera, a puros valores de volumen o hueco, a pura escultura; pero con la raíz suficiente para que la transformación que ha hecho el artista la podamos seguir en esa creación que vemos plásticamente; pero inserta en el pensamiento, inserta en el concepto que, de antemano, ha meditado el artista, ha meditado este renacentista de nuestra hora, que a su edad, a su todavía joven edad, tiene en su haber una de las obras más importantes por realizaciones hechas con que contamos en el recuento, no de lo que se puede hacer, sino de lo que se ha hecho.

Manuel Sánchez Camargo
Subdirector del Museo de Arte Contemporáneo de Madrid